



VILLA TINA: RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA DE UNA TRAGEDIA

François Coupé

Socióloga y Planificadora Urbana. Docente e Investigadora de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín.

VILLA TINA: RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA DE UNA TRAGEDIA

Presentación

Entre los temas ambientales urbanos, la problemática de los riesgos y los desastres ha captado la atención de muchos investigadores. A propósito del tema, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo -PNUD- solicitó a la Universidad Nacional de Colombia un estudio sobre la "Sistematización de la intervención de la administración municipal en barrios localizados en zonas de riesgo". Con posterioridad a la tragedia de Villa Tina, el Fondo FEN apoyó un trabajo de "Recuperación de la memoria cultural, espacial y ambiental de una comunidad damnificada".

Las dos investigaciones mencionadas se inscriben en un proceso que se había iniciado en la década de los años ochenta, con un trabajo sobre las formas de apropiación del espacio urbano y varios análisis posteriores en torno a los actores sociales y sus relaciones, a las dinámicas barriales y a las formas de producción del hábitat en el mismo sector de la ciudad. Esta corta exposición recoge varios aspectos del estudio presentado al Fondo FEN, se limita a plantear el contexto, a sintetizar una reflexión sobre la memoria de la tragedia de Villa Tina, la percepción del barrio y de la violencia, y a concluir con el análisis de las hipótesis iniciales.

I. El contexto: La tragedia de Villa Tina

El 27 de septiembre de 1987 se presentó un deslizamiento de tierra en las laderas del Cerro Pan de Azúcar. El deslizamiento se precipitó sobre el barrio Villa Tina, ubicado en el centro-este de Medellín, cobró aproximadamente quinientas vidas y destruyó unas cien viviendas distribuidas en varias manzanas.

Villa Tina es un barrio pirata construido durante la década de los años cuarenta y desarrollado por iniciativa del urbanizador Cheno Arroyave, con varias invasiones que se desprenden del eje vial principal que conduce al Cerro. En orden cronológico de consolidación, las invasiones se ubican en La Torre, La Piedra y La Cañada o La Loca, e indirectamente en la urbanización La Libertad (parte alta), producida por Casitas de la Providencia, hoy Corvide.

Después de la tragedia de Villa Tina, las autoridades municipales comenzaron a adelantar una actividad preventiva de los desastres en el barrio y algunas acciones puntuales de mejoramiento, mediante la dotación de servicios públicos y la construcción de algunas vías. Simultáneamente, varias entidades, entre ellas Corvide, las Corporaciones Antioquia Presente y El Minuto de Dios, la Curia y la Secretaría de Desarrollo Comunitario, comenzaron a promover programas de reubicación de los habitantes. Estos programas se iniciaron con la demolición de las viviendas localizadas en la zona de riesgo y posteriormente se dedicaron a la construcción de urbanizaciones como San Blas, Héctor Abad Gómez, Villa Café y El Centenario Lasallista. Más tarde se construyeron El Limonar y una manzana en Villa Tina como proyectos de la administración municipal.

En este contexto se pensaba que la tragedia había partido en dos la vida y la historia de Villa Tina y se intentó recuperar la memoria del proceso que tienen los habitantes del barrio, tanto los que se quedaron como los que fueron trasladados¹. Para efectuar este trabajo se realizaron numerosas entrevistas y talleres con diferentes sectores de la población y con organizaciones, tanto en Villa Tina como en las urbanizaciones donde fueron reubicados sus habitantes.

Recuperar la memoria individual y colectiva “es descubrir la imagen que existe de una historia vivida”², de un proceso que se consolida en un espacio determinado y que, en este caso, está marcado por un “antes” y un “después” de la tragedia; es hacer un esfuerzo por conservar la vida a partir de la experiencia directa que se establece entre la naturaleza cercana y la cotidianidad del hombre común.

2. La memoria de la tragedia

Las primeras reflexiones de esta exposición se relacionan con la memoria que tienen los pobladores del momento en que sucedió la tragedia misma.

Las explicaciones del fenómeno.

- El ingeniero geólogo Mauricio Bustamante plantea que “una masa de tierra calculada en unos 30.000 m³ se desprendió súbitamente desde una de las laderas del Cerro Pan de Azúcar (cota 1.960 m.) y descendió rápidamente por una vertiente con una inclinación promedio de 64%, hasta *barrer* lateralmente la parte superior del barrio localizado 550 metros más abajo (cota 1.730 m.). Un deslizamiento en colchón de aire ocurrido sobre saprolito de dunita destruyó más de 100 viviendas consolidadas de un asentamiento progresivo que llevaba en el sector más de 40 años” y jamás había sido catalogado como “asentamiento en zona de riesgo”.
- En el momento de la tragedia, los pobladores contaron que “primero hubo un ruido ensordecedor, como el paso de una escuadrilla de aviones o como la explosión de una bomba; después hubo tierra y más tierra encima de todo... y un silencio sepulcral cortado por los gritos que salían de lo que fueron casas”.

¹ El trabajo se realizó con la colaboración de la Arquitecta Liliana Gutiérrez.

² María Cristina Mata.

- Luego, los habitantes de Villa Tina lanzaron otras explicaciones como la acción de una acequia en la corona del deslizamiento, las precipitaciones, las cavernas en proceso de colapso, la inestabilidad del sector, la deforestación e inclusive la voluntad divina.
- A pesar de estos antecedentes, hoy la explicación del fenómeno es otra. La memoria de las manifestaciones previas a la tragedia ha sido desplazada y todos hablan de la explosión de una caleta llena de dinamita que el M-19 debía tener en Villa Tina, donde existía entonces un “campamento”. Recuerdan que hubo mucha tierra, pero tierra seca, no impregnada del agua de la acequia, que *la ley*³ sacó inmediatamente cajas y muertos de la parte alta del deslizamiento, inclusive antes de la llegada de los organismos de socorro...

Hoy, sobre todas las explicaciones técnicas, en un contexto de violencia, prevalece la convicción que le atribuye la tragedia a un atentado: nadie cree que la dinamita actúa de otra forma, que la tierra estaba saturada de agua, que existían antecedentes de tragedias y signos anunciadores de la que sucedió y que se trata de un fenómeno natural. Por lo tanto, pocos aceptan estar en situación de riesgo y muchos minimizan la amenaza latente y desconocen su propia vulnerabilidad. Las actitudes actuales están marcadas por esta interpretación de la tragedia y su contexto, a pesar que, independientemente de las causas de la tragedia de 1987, la ladera desestabilizada requiere tratamiento.

La percepción de las causas de la tragedia incide entonces en el manejo actual del riesgo, más aún en la situación de pobreza y violencia imperante, cuando la pregunta que la gente se hace cada día es *¿cómo pagar el transporte para ir al colegio o con qué comprar el mercado?* Pero la percepción del desastre incide de manera diferente en Villa Tina y en los barrios donde se reubicaron los afectados.

Fenómeno natural o atentado.

En Villa Tina, los pobladores que aún creen que la tragedia obedeció a un fenómeno natural se expresan así: “uno no es ni terco ni bruto. Cuando uno aprende cuál es el peligro y se queda, es por pura pobreza, ateniéndose a las consecuencias”. Estos pobladores intentan, además, fortalecer la esperanza de que un evento similar sólo ocurra “cada 45 años”; en cambio, quienes creen que la tragedia fue causada por un atentado manifiestan muy pocas preocupaciones.

Población reubicada.

La población reubicada espera que mínimamente el desarraigo se acompañe de seguridad. Sin embargo, en El Limonar, a pesar de los estudios geológicos, hay huellas de coronas de deslizamiento, de taludes mal cortados y peligro de crecida de quebradas. Así, un estudio realizado en 1992⁴ y observaciones en el sector permiten afirmar que en pocos años El Limonar puede convertirse en otra zona de riesgo.

³ Término que denota la policía.

⁴ Trabajo del ingeniero geólogo David Santiago Tamayo y observaciones de la Corporación Penca de Sábila.

- **A la escasa conciencia que tiene la población frente a los riesgos contribuye también el programa de reubicación de la Secretaría de Desarrollo Comunitario, el cual construye en el sector de Villa Tina conocido como La Cañada o La Loca, cuando Planeación, Corvide y varios geólogos coinciden en afirmar que se trata de una zona de alto riesgo donde no se puede construir y menos aún con las especificaciones propuestas.**
- **En la falta de conciencia frente al riesgo inciden además las permanentes contradicciones entre las entidades estatales. Es el caso de las Empresas Públicas de Medellín que se niegan a dotar al sector de servicios públicos, de la Consejería Presidencial que promueve la construcción de una Casa Juvenil en zona de riesgo o de la Secretaría de Salud que mantiene un centro de atención en el límite del deslizamiento.**

Incidencia de la memoria de la tragedia en el manejo del ambiente.

El manejo del ambiente marcado por la tragedia se aborda, por razones de tiempo, sólo a partir de tres elementos descuidados en Villa Tina y poco tratados en los barrios de reubicación: el suelo, el agua y la vegetación. Las mismas reflexiones comparativas podrían hacerse en torno a los espacios públicos, los sitios de recreación y las viviendas.

El manejo ambiental en Villa Tina.

El suelo que permitió la existencia de solares y el cultivo de huertas y confirió un aspecto campestre al barrio en la época de su fundación, poco a poco se ha convertido en una amenaza latente por su mal manejo.

En efecto, el proceso de ocupación de Villa Tina se ha dado inicialmente con casas ubicadas sobre las curvas de nivel, con circulaciones periféricas y espacios exteriores relativamente amplios. Pero con el tiempo, los pobladores tumbaron los árboles para construir y cocinar, consolidaron circulaciones perpendiculares a la pendiente, cortaron taludes verticales, densificaron las edificaciones en los solares y los interiores de manzana, y ocuparon todo el espacio disponible sin importar sus condiciones. Como consecuencia lógica de este proceso, hoy,

los doctores dicen que esta tierra es muy mala y se desliza fácilmente y como los morros son tan pendientes, pues ¡peor! Ellos insisten en que todo el barrio tiene suelos complicados y que allá, junto al derrumbe, hay más problemas porque el Cerro se puede venir y acabar con todo lo que está cerquita.

De la misma manera, el agua que inicialmente enriqueció el ambiente del barrio con tres quebradas útiles para la recreación y el consumo, pronto se convirtió en otro elemento amenazante para la población y origen potencial de desastres como inundaciones y deslizamientos. En efecto, es común encontrar basuras en las quebradas o en la acequia, nacimientos sin control y aguas de lluvia o negras corriendo libremente por la ladera.

Había oído que estas tierras son muy húmedas y es lógico si contamos las quebradas, pero no pensamos en esto y sólo cuando nos dicen «vean todas esas mangueras botando agua» y nos explican lo que puede ocurrir, empezamos a preocuparnos.

Esta percepción es manifiesta en los dibujos de los niños que destacan de varias maneras la importancia de los servicios públicos.

En Villa Tina es predominante también la “necesidad”, en todas sus formas, del uso racional de la vegetación concebida como “recurso”. Los árboles fueron abundantes en el barrio, pero han desaparecido para dar espacio a las viviendas, suministrar materiales de construcción y generar energía para la cocina.

Uno corta fácilmente cualquier arbolito para construir otra piecita o cocinar con leña, y empiezan los problemas.

Pero esta concepción impide lograr resultados positivos con los programas de mejoramiento barrial con siembras. Según los habitantes,

Después de la tragedia armaron programas para reforestar el Cerro y cada uno cogía un arbolito y se iba de paseo pa'arriba. Pero ni ellos (los funcionarios de Corvide) explicaban bien la importancia de esta actividad, ni nosotros defendíamos el palito de los incendios o de la tala en la época del racionamiento de luz.

Así, las áreas verdes sólo son esos espacios inaccesibles o residuales como las laderas altas del Cerro, los lechos y los retiros de las quebradas, los terrenos privados como los solares de las casas o también los sitios imposibles de ocupar que se convierten entonces en botaderos de basuras.

De los elementos mencionados a propósito del manejo del suelo, el agua y la vegetación, se deduce que la situación actual de Villa Tina es compleja y muy heterogénea, aunque la comparación con los barrios de reubicación evidencia la mayor riqueza ambiental de Villa Tina, tanto para sus habitantes, como para los que fueron trasladados.

Pero esta comparación no debe eliminar las preocupaciones. Existe un gran contraste entre el deseo de los pobladores de tener un ambiente sano y rico, y la realidad que ellos mismos generan. Un poblador resume la situación crítica y contradictoria en estos términos:

Todas las entidades repiten instrucciones en los barrios subnormales, en las zonas de tugurios y en los sitios de peligro. La primera es que no siembren matas de plátano... pero de ahí sacamos parte del sustento. La segunda es que, por favor, no arrojen basuras a los caños porque crean represas y contribuyen al desvío de las aguas y a las inundaciones... pero ¿qué hacemos con nuestras basuras? La tercera es que no dejen canillas abiertas ni aguas

libres... pero si es la única manera de surtirnos de ese elemento para hacer agua de panela o lavar la ropa. La cuarta es que no hagan cortes verticales en la montaña... pero entonces, ¿dónde construimos?

La situación ambiental en los barrios de reubicación.

En los barrios de reubicación, la situación no tan es favorable como debería esperarse. En El Limonar la población es conciente de la ausencia de vegetación por las condiciones del entorno y los colores del terreno y de las edificaciones. Las madres comunitarias lo manifiestan así:

acá también vamos a tener árboles, pero ahora, como el barrio es tan nuevo, el ambiente es muy monótono. Hay uno que otro palito, pero da tristeza... Y extrañamos el ambiente de Villa Tina por el paisaje, la vista y las matas. En El Limonar sólo hay techos igualitos y tierra pelada. Corvide regaló a cada familia un arbolito de limón para sembrar, pero hoy no queda ninguno.

Y la situación es peor aún para los habitantes de El Limonar cuando la comparación se establece con barrios mejor tratados en sus espacios exteriores, como los de las Corporaciones Antioquia Presente y El Minuto de Dios, o el barrio de la Curia.

Los espacios públicos.

En síntesis, la población no es indiferente a las condiciones espaciales y ambientales en las que vive y las identifica cuando relata la historia del barrio, reconstruye el proceso de consolidación y luego trabaja en los talleres y formula alternativas de mejoramiento.

Algunos habitantes presentan una visión integral del barrio como unidad y otros se limitan a su sector, pero todos insisten en las necesidades compartidas. Entre esas necesidades prima la recreación, la cual está íntimamente ligada a los espacios públicos; ella es importante para los jóvenes porque no tienen donde disfrutar de un tiempo libre sin crear problemas a la comunidad, y para los adultos porque ellos consideran que estos espacios deben alejar a sus hijos de los vicios, cada día más difundidos en los barrios.

Sin embargo, en la actualidad, cuando la población se refiere a los espacios públicos y especialmente a los que se destinan a la recreación, tiende a mencionar sólo las canchas y los parques infantiles, sin ubicarlos en la estructura barrial y sin concebir otros espacios necesarios para el esparcimiento. Además, en un contexto de inseguridad predomina el interés por "mi sector", independientemente del conjunto.

3. El barrio

En Colombia, "durante los últimos cincuenta años, se construyó una urbe que era (es) absolutamente inédita: una ciudad ajena a la cultura", una ciudad sin vínculos estructurales con el pasado y sobre todo sin ninguna valoración del mismo, una ciudad sin consideración en su construcción presente, en razón del afán de lucro inmediato y del altísimo déficit habitacional;

“una ciudad que, en su incapacidad de detenerse a mirar lo que está haciendo, tampoco ha sido capaz de generar una mirada avisora hacia el futuro”⁵.

En este contexto, los pobladores se refugian en un sector de la ciudad definido y estructurado físicamente, su barrio, con relaciones dinámicas que le imprimen el carácter vivencial de la cotidianidad. El barrio es el lugar donde los ciudadanos se descubren día a día, se conocen e interrelacionan, se adaptan a las costumbres urbanas y producen su hábitat, y poco a poco crean raíces y conforman la vecindad. El barrio es el espacio con el cual la población puede identificarse.

Se establece así, lentamente, un lenguaje oculto entre la gente y su espacio -a medida que éste es apropiado y convertido en “mi barrio”-, y se crean sistemas de relaciones comunes a todos y capaces de detectar cualquier elemento extraño en la cotidianidad.

El barrio se forma a partir de lo que cada individuo imprime al hábitat y es asimilado por los vecinos, y de lo que la comunidad, en forma colectiva, le brinda. Es entonces el teléfono en la esquina, las mujeres que conversan en el andén, los niños que juegan en la calle, el tendero que protesta detrás del mostrador, el convite del domingo...

Los vínculos barriales en Villa Tina.

Hablar de Villa Tina como barrio implica referirse a las relaciones que se han consolidado desde el inicio del asentamiento, a los agentes del proceso de apropiación de la tierra y producción del hábitat, al lenguaje dinámico y reconocido por los pobladores, a la transformación espacial y ambiental. E indudablemente, a lo largo de sus cincuenta años de existencia el barrio ha cambiado en su forma física y en sus aspectos intangibles:

- Se ha consolidado en la ciudad y al margen de ella.
- Simultáneamente, su comportamiento ha variado: la comunidad que disfrutaba de los paseos de olla y de las caminatas al Cerro, que buscaba mejorar su barrio con la construcción de caminos y la extensión de redes de infraestructura, ha sufrido, en los últimos años, como toda la ciudad, un cambio radical por la violencia que incide en la vida.
- Es clara y generalizada la percepción de la estigmatización que caracteriza a “las comunas” y a los “barrios subnormales”, más aún cuando a la inseguridad manifiesta en la tragedia, se suman la violencia de las bandas y la reciente masacre de siete jóvenes.
- También es evidente que sólo quienes asumen responsabilidades en el barrio lo identifican como totalidad. Para los demás existen diferentes criterios de identificación, todos puntuales, a partir de las actividades, los hechos relevantes o las marcas fisiconaturales.

5 Viviescas, Fernando. “La cultura de la ciudad y sus obstáculos en Colombia”. En: *Revista Foro*. Bogotá, N°13, octubre de 1990.

Esta observación confirma una tesis de Miller⁶ cuando plantea:

el hombre que me interesa, el hombre que no es nadie, el hombre que es tan común y tan corriente que ni siquiera se advierte su presencia, este hombre no vive la totalidad de la urbe en la que se desarrolla su cotidianidad, sino que su existencia, su rutina, su diario morir, se circunscribe dentro de marcos bien estrechos.

- El barrio se percibe como aislado y sin relaciones con los asentamientos vecinos, lo que está ligado a su implantación en una ladera pendiente y entre quebradas profundas y también a las diferentes formas de control del territorio ligadas a la violencia.
- Finalmente, aunque todos se quejen de la violencia y del individualismo, la mayor cualidad de Villa Tina, según sus habitantes, sigue siendo la solidaridad.

Los barrios de reubicación.

En los barrios donde se reubicaron los pobladores la situación es sólo parcialmente diferente:

- Los pobladores perciben la misma segregación que en Medellín tiende a generalizarse para los barrios populares y afecta el acceso al empleo y las relaciones de vecindad. Pero, además, actúan en este contexto cuando plantean sus relaciones con los barrios vecinos y dentro de cada programa, y especialmente en los que recibieron familias provenientes de diferentes sectores de la ciudad.

No nos digamos mentiras... Los pobres somos un problema para todos, pero si además nos ponen juntos, el asunto es peor. Hasta en el mismo barrio y con los barrios vecinos, la gente se insulta y se rechaza.

- La identificación del barrio como un conjunto independiente de los demás, se logra en ciertos programas gracias a la participación de los pobladores en la concepción, el diseño y la construcción del hábitat, y facilita la convivencia cuando este proceso se desarrolla a la par con mecanismos de apropiación, organización y capacitación que permitan evitar permanentes comparaciones entre un “antes” y un “después”.
- Las dificultades de adaptación se agudizan si las familias que se trasladan no son preparadas para afrontar las nuevas obligaciones derivadas de la reubicación. Entre esas dificultades están, en todos los casos, las de pagar servicios e impuestos; en el caso de El Limonar también se cuenta la cancelación de la cuota por la vivienda. Y este problema se agrava por las dificultades para reconstruir algunas prácticas de supervivencia en la vida barrial, como fiar y regatear.
- Finalmente, es interesante constatar que aunque la reubicación obedece a la necesidad de eliminar la amenaza inherente a la localización en zonas de riesgo, pocos pobladores se acuerdan

6 En: Calle, Horacio. “Hacia una antropología de la vida cotidiana”. P. 12. (Sin otros datos)

de esta situación. Así, al comparar un hábitat con otro, los niños hacen énfasis en la seguridad y la tranquilidad del nuevo barrio y los adultos mencionan su infraestructura.

4. La violencia

En el estudio se observa que actualmente hablar de “ambiente” conduce a los pobladores a referirse más a los riesgos sociales que a la problemática del medio natural intervenido por el hombre. Quizás el comentario más claro al respecto sea el de un hombre que explica haber aprendido a “convivir con el morro que se rebota cada 45 años”, pero no acostumbrarse a “que le roben la olla pitadora con la mazamorra”.

La violencia y la inseguridad conducen a prestar menos atención a la preservación y a la recuperación del ambiente, a abandonar la calle como lugar de reunión, juego e intercambio, a recogerse en la vivienda a pesar de la baja calidad y escasez de espacios interiores. Estos dos factores inciden, por lo tanto, en los espacios públicos cercanos al barrio o localizados en su interior, en las zonas verdes, las vías y los senderos, las plazas, los parques y las canchas.

El riesgo, en toda su extensión, se incorpora a la vida cotidiana porque se presenta una coincidencia en el tiempo: la tragedia se produce cuando en toda la ciudad se incrementan la inseguridad, la violencia y la presencia de bandas armadas.

La percepción de la violencia en el barrio.

La violencia en Villa Tina.

Cuando se le pregunta a un habitante de Villa Tina sobre su barrio, la respuesta menciona en forma inmediata e inexorable la violencia como un aspecto que, con sus diversas manifestaciones, incide en la cotidianidad sin tener solución a corto plazo. Hay quienes manifiestan el deseo de vivir en otro lugar y quienes se llenan de valor y optan por permanecer en el barrio a pesar de la situación. Lo cierto es que existe un sentimiento de arraigo al barrio, que conduce a intentar entender los problemas y a seguir luchando por el barrio como un reto para creer en sí mismo.

Este reconocimiento del impacto de la violencia es más crítico cuando quedan recuerdos del “antes de la tragedia” que coinciden con el “antes de la violencia”, aunque siempre haya habido maltratos, golpes y violaciones en las familias, peleas y conflictos con los vecinos, enfrentamientos con los barrios aledaños.

El fenómeno se acompaña de una estigmatización que conduce, para muchos ciudadanos de Medellín, a identificar los barrios populares con los lugares donde se concibe el mal, la ilegalidad, la violencia en todas sus manifestaciones; a identificarlos con lo que debe ser rechazado por la “otra ciudad”, como si ésta fuera sólo buena, legal y pacífica y existiera independiente de la primera.

El problema es más complejo aún cuando la misma población afirma que la poca tranquilidad del barrio se da a pesar de la base militar y que en el momento de su retiro, todas las tensiones acumuladas estallarán y el barrio quedará en poder de las bandas. Mientras tanto, los soldados han

llegado a ser parte integrante de Villa Tina y son idolatrados por parte de la población infantil atraída por las armas.

La violencia en los barrios de reubicación.

En los barrios de reubicación y precisamente porque los nuevos riesgos derivados de la violencia han desplazado las amenazas de la naturaleza, la población trasladada espera encontrar paz.

En algunos dibujos de niños, la comparación entre los barrios se formula en términos de “aquí por lo menos hay tranquilidad” o “aquí no matan, ni roban tanto”. Pero, desafortunadamente, la ilusión es corta porque aparecen expresiones como “ya se está dañando” o inclusive “no había tanta violencia en Villa Tina”. Esto comprueba que, una vez más, la percepción se consolida con base en las experiencias. Los adultos hacen el mismo análisis:

En El Limonar la seguridad es algo que se ha convertido en un problema. La gente de los barrios vecinos nos echa la culpa y nosotros a ellos, pero el caso es que están atacando, robando y como no hay autoridad, hay violencia y mucho vicio. Hasta roban los materiales de las casas en construcción.

Violencia y pobreza.

En ambos casos, la violencia está íntimamente ligada a la pobreza y a la territorialidad como “dominio y defensa del territorio”. Las bandas de jóvenes, principales ártices y víctimas de la violencia, construyen una territorialidad que se define en términos de inclusión y exclusión, de dominio y defensa, y que conduce irremediamente a enfrentamientos para conquistar los espacios en los cuales se es “extranjero”.

“Los grupos más solidarios definen su territorio con precisión [...] y las reacciones de hostilidad se manifiestan cuando la identidad y la seguridad de un grupo se ven amenazadas”⁷, o cuando un mismo individuo que debería poder moverse en varios territorios, está obligado a limitarse a uno solo, donde se siente preso en sus propias fronteras.

Conclusiones

El estudio se aborda desde la vida, la percepción y la representación, porque en este contexto el espacio, el ambiente y la cultura se producen, se transforman en la cotidianidad y se sueñan. Se concluye con una referencia a las hipótesis inicialmente formuladas y con el enunciado de algunas recomendaciones.

- Al iniciar el proceso de recuperación de la memoria de la tragedia, existía la convicción de que ésta, ocurrida el 27 de septiembre de 1987, partía en dos *la historia de Villa Tina*. Al concluir el

7 Baily, Antoine. (Sin otros datos)

trabajo se puede afirmar que el hecho no es tan claro para quienes permanecen en el barrio, aunque sea cierto para los reubicados.

Los habitantes que se quedaron en el barrio, luego de superar el miedo y de apostar al “ya pasó..., fue un accidente o un atentado y no ocurrirá nada más”, se enfrentan a una violencia desahogada que los afecta directa o indirectamente: la violencia de la familia cuando se agrede, golpea o viola; la de los ladrones cuando se apoderan de lo necesario para la subsistencia, la de las bandas cuando, a bala, reivindican el territorio; la de los sicarios cuando matan sin piedad, la de las fuerzas del orden cuando desalojan una invasión, la de las entidades estatales cuando se contradicen y generan dudas y enfrentamientos entre la población....

La incidencia de la violencia, cuya aparición coincide con la tragedia, tiene mayor peso para los moradores de Villa Tina, porque perdura y desplaza cualquier consideración en torno al recuerdo del deslizamiento y a su localización presente en una zona de alto riesgo.

Lo cierto es que los habitantes de Villa Tina capitalizan algunos elementos del pasado, pero más los de “antes de la violencia” que los de “antes de la tragedia” (elementos como los paseos al Cerro, el disfrute del espacio público o la fiesta luego del convite) y rechazan otros como la violencia y la drogadicción. Son concientes de que después de la tragedia, algunos agentes externos han contribuido al mejoramiento de la infraestructura y de varios servicios públicos y comunitarios, pero también de la necesidad de luchar por cambios que sólo son posibles a partir de una decisión colectiva del mismo barrio. Saben que juntos deben mejorar la calidad de vida, pero son temerosos y optan por cerrar los ojos y sobre todo la boca.

Los habitantes reubicados afrontan un desarraigo total y rompen con el hábitat que habían producido, con la “casa de trece puertas y piscina” o con el rancho de tablex y con las relaciones que habían consolidado en el vecindario. Tienen que reconstruir todo y a los seis años de la tragedia siguen evaluando el presente con referencia a las condiciones del pasado. La comparación de su situación les permite concluir que la violencia es un fenómeno de la ciudad, quizás más agudo o más visible en Villa Tina que en su nuevo barrio.

Los pobladores reubicados asumen entonces una actitud diferente y se dedican a ampliar o a terminar la vivienda. En este proceso que caracteriza la producción del hábitat, se pasa del trabajo colectivo en la construcción y adecuación del espacio al trabajo individual en el mejoramiento de la vivienda, para volver al trabajo colectivo en la medida de los requerimientos.

- El estudio se inicia con otra hipótesis: *las formas de producción y de consolidación del hábitat previo a la tragedia* inciden en la memoria de los pobladores.

En efecto, las formas de producción y consolidación del hábitat son una manifestación de la lucha por la tierra y el resultado de prácticas segregativas, sobre todo en el contexto de la pobreza y otras limitaciones, y se inscriben en procesos que fluctúan entre la formalidad y la informalidad, la normalidad y la subnormalidad, la regularidad y la irregularidad, la intervención del Estado y la acción de los pobladores.

“La capacidad de producir el barrio como lugar para vivir depende de la capacidad o posibilidad del conjunto poblacional de desarrollar un contexto de unificación e identificación social”⁸ y varía en los barrios piratas, las invasiones y las urbanizaciones oficiales. Se expresa en el tiempo con expresiones como “antes de la construcción de esta pieza”, “después de la pavimentación de la calle”, “cuando no teníamos agua”, e incide también en la memoria.

El habitante de las laderas de Medellín, el que pertenece a los “sectores populares”, se apropia permanentemente del espacio individual y colectivo de su barrio, lo construye y lo destruye para transformarlo. Está acostumbrado a luchar y, hasta cierto punto, asume los riesgos de este proceso. El invasor, principal víctima del deslizamiento, es más combativo que el comprador de un lote en una urbanización pirata y lo es mucho más que el adjudicatario de un programa estatal o privado, porque está acostumbrado a la informalidad, a la ilegalidad y a la segregación, reivindica con sus vecinos los servicios a los cuales no puede acceder individualmente, y percibe su vivienda como un “potencial” que nunca se acaba de producir a partir de espacios provisionales, con materiales acumulados para ser usados cuando sea posible o indispensable.

Este poblador, si aún cree que la tragedia fue un fenómeno natural, se resigna a lo que ocurrió como a una consecuencia de un proceso inevitable en el contexto de la pobreza, del desempleo y del déficit habitacional. Con esa misma actitud y ese mismo fatalismo, hoy nuevos invasores intentan ocupar las tierras desalojadas hace cinco años, porque “no hay otra alternativa” o porque para la familia la incidencia de ese riesgo es menor que la de estar arrimado o de pagar arriendo. Y el poblador que está convencido de que la tragedia fue inducida, logra permanecer en una zona de riesgo sin grandes preocupaciones.

El mismo poblador, trasladado a otro territorio, se acomoda mejor en barrios de reubicación producidos por autoconstrucción, más aún si ésta se acompaña de procesos participativos; se acomoda no sólo como mano de obra, sino también como gestor del proyecto. Esta afirmación obedece tanto a ese carácter pionero, como al proceso de capacitación que en varios programas se ha desarrollado a la par con la edificación.

Si bien no se trata de reproducir las condiciones habitacionales anteriores, es claro que la nueva vivienda se evalúa con relación a la que se demolió y a la que se produce en los demás programas. Pero además, hay aspectos claves valorados por la población, como son la importancia de un vínculo con la naturaleza y con los vecinos, las posibilidades de recreación libre y gratificante y el acceso a los servicios educativos y de salud.

En ambos casos existe la conciencia, en gran parte de la población, de la necesidad de un proceso de capacitación para entender la responsabilidad que cada habitante tiene con su barrio y su devenir.

- Otra hipótesis considera la incidencia en la memoria de *la existencia de organizaciones* y la pertenencia a éstas.

En Villa Tina, las organizaciones que han jugado un papel preponderante desde la consolidación del barrio, mantienen su importancia porque se constituyen en un agente de cambio y de mejoramiento. Pero a su lado surgen otras numerosas organizaciones, a partir de las intervenciones posteriores al deslizamiento y a las manifestaciones de violencia.

La unión de los vecinos y su compromiso en algún grupo es fundamental para superar los problemas. Sin embargo, para recobrar y fortalecer la disposición al trabajo colectivo, valorada por los pobladores al hablar del “antes de la tragedia y de la violencia”, se requieren una serie de actividades motivadoras que promuevan nuevamente estos vínculos como podría ser el mejoramiento barrial.

En los barrios de reubicación, el desarraigo de Villa Tina, de sus organizaciones o simplemente de sus redes de solidaridad, ocasiona un trauma que los programas de autoconstrucción enfrentan con mayor acierto. Es diferente en El Limonar, donde se pretende superar las dificultades con la “venta” del programa, la “concientización” de la necesidad de trasladarse, las reuniones preparatorias al trasteo y algunas actividades que no logran congregarse a las familias del barrio.

- La memoria está finalmente marcada por *las condiciones de vida* de cada poblador.

En Villa Tina, el niño y el adulto no recuerdan la tragedia de la misma manera. Tampoco lo hacen el que perdió seres queridos y el que sólo presenció las escenas danstescas del deslizamiento, quien se quedó sin vivienda, sin ropa y sin enseres y quien permaneció al margen de la zona de riesgo; quien vivió en un albergue o arrimado por varios meses o años y quien pudo regresar a su propio techo.

Hoy, es importante que la juventud que intenta construir el futuro del barrio conozca el pasado, con el fin de asumir la historia para seguir escribiéndola, con la convicción de que su barrio nace de un proceso que tiene raíces valoradas como los convites al inicio de la ocupación, los paseos al Cerro, las natillas de cada cuadra en Navidad.

En los barrios de reubicados producidos por autoconstrucción, impera ya cierta resignación porque con el cambio sólo deben enfrentar el pago mensual de los servicios públicos y los impuestos. Pero en El Limonar, donde las condiciones de pobreza se han agudizado, la situación es más crítica porque queda una deuda pendiente con Corvide. Así, muchas familias expresan:

No entendemos para qué nos trasladaron, no tenemos con qué vivir; si comemos, no podemos pagar la casa.

Y en todos los barrios, los demás comentarios relacionados con las expectativas de cada poblador se refieren al incremento o no de la violencia, a las limitaciones impuestas por la vivienda y a las relaciones con los vecinos. Lo cierto es que para los pobladores, tanto de Villa Tina como de los barrios de reubicación, lo más importante es “la gente”, como ya lo había señalado el estudio titulado *El Medellín que yo quiero*, publicado por el Concejo de Medellín. Todos esperan de su barrio, ante todo, la familiaridad y la seguridad que un día tuvieron.